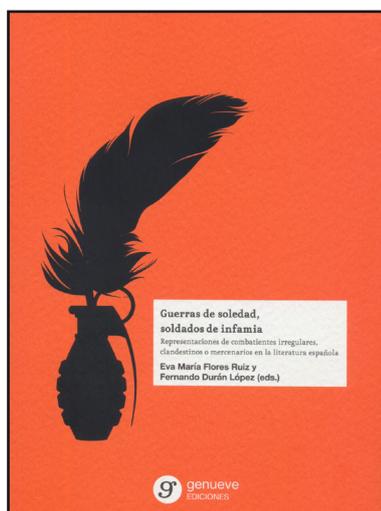




Eva María FLORES RUIZ y Fernando DURÁN LÓPEZ (eds.) (2018), *Guerras de soledad, soldados de infamia. Representaciones de combatientes irregulares, clandestinos o mercenarios en la literatura española*, Palma de Mallorca, Genuève Ediciones (Ciencias Sociales y Humanidades, 18), 241 pp.



Las representaciones literarias del fenómeno de la guerra en general y de la figura del soldado en particular acostumbran a aparecer investidas del carácter reverencial atribuido al canon establecido. La etopeya clásica del militar se configura, por tanto, en base a su adhesión a los valores propios del oficialismo, tales como el heroísmo, la lealtad o la valentía. No obstante, por entre las fisuras de esta imagen ejemplar aflora otra más compleja y, por ello, más problemática: la del hombre que, sin renunciar a su condición guerrera, deserta, conspira, se acobarda, traiciona o fracasa. La naturaleza dual del personaje propicia una lectura también doble del mismo, pues su alejamiento de la ortodoxia le hace a la vez digno de reprehensión y de admiración. Esta particularidad no siempre se sustenta en una mera sustitución de virtudes por vicios, sino también en matizaciones o revisiones de la interioridad del sujeto que tienden, en definitiva, a humanizarlo. Su hábitat natural, de más está decirlo, es el de la frontera, el espacio por excelencia de la ambigüedad y la mezcla.

El volumen que reseñamos, elocuentemente titulado *Guerras de soledad, soldados de infamia: representaciones de combatientes irregulares, clandestinos o mercenarios en la literatura española*, recoge los trabajos más significativos presentados en un congreso homónimo celebrado entre el 20 y el 21 de abril de 2017 en el Real Círculo de la Amistad

---

de Córdoba. Eva María Flores Ruiz y Fernando Durán López, como representantes del Departamento de Literatura Española de la Universidad de Córdoba y del Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz respectivamente, coordinaron dicho simposio y ahora editan este compendio de doce estudios —capítulo introductorio aparte—. El libro, que consta de nutridas notas a pie de página y de una bibliografía específica para cada ensayo, se presenta en su conjunto como un ejercicio de intertextualidad que profundiza en el tratamiento de esta particular dimensión de la guerra en distintas obras literarias. Su estructura no se pliega al orden cronológico tradicional, sino que, en palabras de los editores, adopta la forma de «un viaje de menos irregularidad a más», evidenciando así la maleabilidad y la capacidad de transgresión de figuras como la de «el guerrillero, el mercenario, el maquis, el espía, el quintacolumnista, el desertor, el proscrito, el renegado, el traidor, el conspirador y cualesquiera otros que se alejen de retóricas bélicas y patriotismos al uso».

Inaugura el volumen una reflexión acerca cuál es la deuda contraída por la literatura moderna con estos antihéroes. Para Pedro Ruiz Pérez, la escritura cervantina desplaza definitivamente el equilibrio clásico entre armas y letras cifrado en Garcilaso de la Vega y en su lugar dignifica la imagen del soldado «solo» o «roto». El éxito militar deja paso a una representación de la vida soldadesca «de un heroísmo menos épico, pero de mucha mayor intensidad ética, a la vez que dramática y narrativa». La extravagancia del personaje de Don Quijote o la pintura igualmente risible que Cervantes hace de sí mismo en el *Viaje del Parnaso* quedan lejos de los honores a los que probablemente aspiraría un contendiente de la batalla de Lepanto. Sin embargo, esta vez es en el fiasco bélico donde se esconde el triunfo del literato: es en su falibilidad donde reside la universalidad del soldado. Adrián J. Sáez sigue la línea de pensamiento expuesta por Pedro Ruiz y analiza la *Relación del trabajo y costa que esta historia tiene hecho a su autor en las diligencias que hizo para sacarla a la luz en España*, o simplemente *Relación*, elaborada por Suárez de Montañés como una «autobiografía soldadesca» nacida «entre el gusto y la necesidad». La modernidad en el modo de narrar los acontecimientos reside en la condición de «soldado-cronista» de su autor que, como quienes ofrecían su propia versión de la Conquista desde las mismas Indias, imprime a su *Relación* la huella de su experiencia personal, no siempre ajustada a la versión que ofrecían las autoridades.

Ana Isabel Martín Puya estudia el concepto dieciochesco de virtud a través de dos dramas de Luciano Francisco Comella, *El buen hijo o María Teresa de Austria* (1790) y *Catalina II, emperatriz de Rusia* (1797). En ambos casos, los protagonistas son soldados que se ven obligados a actuar en contra del bando al que pertenecen para proteger a su familia; son «fieles traidores», como los denomina la autora del ensayo, que encarnan al mismo tiempo al héroe y al desertor. A pesar de su falta, las soberanas que dan título a estas obras terminan concediéndoles el perdón, pues en la Ilustración la confianza en «la ley natural habilita la excepcionalidad de los actos subversivos». De nuevo, la representación humanizada del personaje le restituye la dignidad literaria que había perdido al situarse en el territorio de lo tradicionalmente considerado extracanonico.

A través de las «memorias justificativas» de Juan Rico, Nicolás Tapia, Juan Van Halen y Eugenio de Aviraneta, Fernando Durán evidencia el cambio de paradigma que acontece en el siglo XIX en cuanto a la consideración del líder y del traidor. En un contexto donde los principios de autoridad son efímeros y las posiciones ideológicas nunca son inmutables, se forja una nueva «ética de combate» basada en el fin y no en los medios. La trayectoria vital de estos cuatro hombres, tan distintos en sus oficios y en sus opciones políticas, es asimilable al sustentarse en valores modernos como el patriotismo. El heroísmo no queda totalmente proscrito en los textos, pero sí ve modificada su base

---

ontológica llegando a asumir principios considerados reprobables hasta el momento, que alcanzan una nueva consideración en virtud «del poder legitimador de unas circunstancias revolucionarias».

Una perspectiva distinta es la que aprecia Salvador García Castañeda en dos novelas firmadas por españoles residentes en Inglaterra, *Don Esteban, or Memoirs of a Spaniard written by himself* (1825) de Valentín de Llanos y *Salvador the Guerrilla* (1834) escrita por Telesforo de Trueba. Llanos y Trueba eran unos niños cuando estalló la Guerra de la Independencia, por lo que sus relatos no pueden considerarse narraciones autobiográficas. No obstante, el cambio de paradigma al que antes nos referíamos también se percibe en estas obras, si bien orientado a la idealización del guerrillero, que lejos de aparecer inmiscuido en asuntos bélicos al uso es retratado en mundo de «sensacionalismo, amor y exóticas aventuras».

Esta aproximación teórica al mundo de las guerrillas termina de completarse con los trabajos de Eva María Flores Ruiz y de Pascual Riesco Chueca. El primero de ellos parte de *Juan Martín, el Empecinado* (1874), novena narración de la primera serie de los *Episodios Nacionales* galdosianos, para abordar la figura del guerrillero desde su dimensión mítica y como emblema nacional puramente emocional. Por su parte, Riesco Chueca nos invita a interesarnos por las nuevas técnicas gráficas que surgen en el siglo XIX y que llevan aparejado un cambio en el elenco de motivos habitualmente representados. La pintura de salón, de tendencia oficialista, coexiste a partir de este momento con «la litografía, el grabado, la plumilla [o] la acuarela», formas vinculadas con el mundo popular y romántico del que en el que el guerrillero se incluye.

En efecto, el misterio y el exotismo desprendido por los tipos marginales llamaron la atención del Romanticismo europeo y también del español. Para seguir ahondando en esta cuestión Enrique Rubio Cremades propone estudiar la configuración literaria de los «bandidos, piratas y espías» que aparecen en dos novelas de Ramón López Soler, *El pirata de Colombia* (1832) y *Jaime el Barbudo* (1832). Los retratos idealizados de los personajes contrastan con el prurito historicista que se desprende de la lectura de *Doce españoles de brocha gorda* (1846) de Antonio Flores, considerada por la crítica iniciadora del Realismo en el género novelístico.

La guerra, si se retrata en toda su crudeza, siempre comporta una inversión de la norma que rige la tranquilidad de la vida cotidiana. En este sentido, la temática de la Guerra Civil, desarrollada fundamentalmente a partir de la Transición, constituye otro punto de nuestra historia literaria en el que la lucha llevada a cabo desde los márgenes vuelve a ser vista como una hazaña encomiable. Este es el caso de dos tipos de militantes muy distintos: el quintacolumnista y el maquis. El primero de ellos es analizado por Carlos Píriz González a partir de *Los años rojos* (1985), un libro de memorias escrito por un periodista catalán que formó parte durante un tiempo de esta facción clandestina del ejército sublevado. Píriz se refiere a un «relato heroico y mitificado» que se fragua durante la contienda, persiste en los años del franquismo y llega hasta la democracia. Esta vez, el hecho de servir a un grupo encubierto no se utiliza para presentar la devastación que trae consigo la guerra sino, como acabamos de apuntar, para ennoblecer románticamente al que participa en ella de ese modo. Por su parte, José Jurado Morales examina el retrato literario del maquis que Almudena Grandes realiza en *El lector de Julio Verne* (2012), segunda novela de la serie *Episodios de una Guerra Interminable*. El autor pone el acento en la comparación del personaje en las obras literarias publicadas durante la dictadura y las que aparecen a partir de 1975. Así percibimos sin dificultad una transformación radical en la representación del maquis, que comienza presentándose como un individuo asocial y peligroso para la constitución del nuevo régimen y que después, como en la novela

---

de Grandes, se pinta como un «superviviente [...] dentro de un movimiento narrativo común que trata de recuperar la memoria de lo ocurrido desde la perspectiva de los derrotados».

Una visión algo distinta de la Guerra Civil es la que aparece en *Ladrón de lunas* de Isaac Montero (1998). Como señala Emilio Peral Vega, esta novela «persigue componer un fresco de una España cruel y caprichosa», para lo que Montero inventa el personaje de Antonio Sanahuja, un republicano que toma la identidad de Antonio Sinisterra, falangista al que están a punto de fusilar. La doble vida que termina llevando el protagonista revela hasta qué punto la necesidad puede difuminar las líneas rojas en la ideología de una persona, y consecuentemente, queda demostrado una vez más el absurdo de la guerra.

Cierra el libro Antonio Calvo Maturana con una disertación sobre la autobiografía escrita por Francisco Mayoral, un «soldado pícaro» que durante la Guerra de la Independencia llegó a hacerse pasar en Francia por el arzobispo de Toledo. El interés de este ensayo reside en la contraposición que hace su autor de las dos versiones que conocemos de esta historia, una conservada en una copia manuscrita de 1816 y engendrada por el propio Mayoral y otra de 1836 que decide dar a la imprenta el editor Joaquín Verdaguer con fines puramente lucrativos. Así, mientras que el protagonista relata sus peripecias bélicas con el único afán de manifestar lo que habían producido en él esos episodios, Verdaguer transforma a su conveniencia la personalidad del pícaro para hacer de él, al menos, «un imperfecto patriota».

La lectura de este libro sirve para reconocer personajes y motivos que, independientemente del género o de la corriente literaria a la que pertenezcan, constituyen atípicas representaciones del universo bélico. La inversión de lo normativo es utilizada para modelar una estética nueva que tiene también sus propias figuras emblemáticas. Quede *Guerras de soledad, soldados de infamia* como resumen privilegiado de esa dimensión subversiva, marginal, y por eso mismo misteriosa y sorprendente, de nuestra historia literaria.

Claudia LORA MÁRQUEZ